

Guillermo O'Donnell

EL ESTADO AUTORITARIO EN EL CONO SUR DE AMERICA LATINA

Advertencias preliminares

Debo comenzar por algunas advertencias: este ensayo fue escrito a muy poca distancia intelectual y emocional de los hechos en los que las Fuerzas Armadas tuvieron un papel decisivo. No puedo escapar a una valoración fundamentalmente negativa de esos hechos y de las secuelas que provocaron. Esto, aparte de dejar claros ciertos sesgos, también significa que un estudio suficientemente vasto y balanceado deberá esperar algún tiempo, en gran parte porque los procesos que analizo todavía están ocurriendo. La proximidad de esos procesos también limita el ámbito comparativo de este ensayo. En él me refiero al papel político actual de las Fuerzas Armadas en el Cono Sur de América Latina, comparándolo brevemente con otros casos. Sin embargo, éste es un ensayo casi provinciano, dominado por la experiencia actual de los países del Cono Sur. He debido limitarme a manejar los datos sobre las Fuerzas Armadas públicamente disponibles. Hoy es impensable, por lo menos para un intelectual nativo (a menos que asegure que va a escribir una apología) realizar entrevistas con oficiales en actividad y tener acceso a documentos que las autoridades militares no hayan decidido publicar. Conuerdo con la literatura que destaca la necesidad de analizar el papel de las Fuerzas Armadas como el resultado de complejas interacciones producidas a lo largo del tiempo, entre el contexto político en el cual se insertaron y el nivel de organización que les es peculiar. Más aun, si no es posible en ningún caso analizar correctamente el papel político de las Fuerzas Armadas fuera de dicho contexto, el alto grado de militarización del régimen y del aparato estatal, en los casos que tenemos que analizar, hace especialmente necesaria esta contextualización. Caracterizar esas formas de dominación, tanto como analizar su dinámica interna y sus impactos sociales, ha sido el blanco de una gran atención y de un no menor debate, en una literatura que no puedo resumir en este espacio. Haré apenas las referencias más imprescindibles al tema, indicando los trabajos en que presento mis ideas sobre el Estado "burocrático-autoritario".

I. Implantación del Estado autoritario: algunos antecedentes

En Brasil 1964, Argentina 1966, Chile 1973, Uruguay entre 1972 y 1974 y nuevamente en Argentina 1976, las Fuerzas Armadas pusieron su capacidad coactiva al servicio de la in-

terrupción de procesos que numerosos sectores sociales vivían como una profunda crisis. Tanto objetivamente como en la percepción muchas veces exagerada de los actores, esa crisis fue significativamente menos aguda en los golpes militares de la década de los 60 que en los que ocurrieron en los años 70. En los primeros, "la amenaza del comunismo" aparecía como una consecuencia probable, pero no inminente, del "desorden" y de la "demagogia" imperante y del "caldo de cultivo para la subversión" que allí se generaba.

Entre tanto, en Chile en 1973, a su manera, en Argentina en el 76 y en Uruguay entre el 72 y el 74, la sensación fue de que el caos había avanzado hasta tal punto y estaba siendo tan directamente instrumentado (en Chile) por los partidos políticos y (en Argentina y Uruguay) por las organizaciones guerrilleras, que la sobrevivencia de la condición capitalista de la sociedad y de sus conexiones internacionales parecía estar en peligro. En otros trabajos argumenté que esos episodios se vinculaban estrechamente a un alto grado de actividad política del sector popular, que aparecía como portador de una seria amenaza para la preservación del orden social vigente. Por otro lado, en íntima relación con esa amenaza y con los consiguientes temores de la burguesía y de no pocos sectores medios, se desencadenó una crisis económica que puede ser sintetizada mencionando que: en el momento de los golpes de Chile en 1973 y de Argentina en 1976 la inflación superaba las tasas anuales del 500%; parecía inminente la suspensión internacional de los pagos; la inversión extranjera había caído verticalmente y los flujos de capital hacia el exterior, legales o ilegales, daban saldos masivamente negativos.

Ante esto, si en los golpes de la década del 60 las Fuerzas Armadas intervinieron con una intención fundamentalmente preventiva y restauradora, los golpes de los años 70 tuvieron una orientación mucho más radical: detener un proceso que parecía a un paso del colapso final de la sociedad, de la economía y del estado, y que, sin embargo, reclamaba mucho más que la restauración del orden social preexistente.

En otros trabajos he argumentado que en todos los golpes aquí considerados los miembros del gobierno resultante concibieron su tarea en torno a dos ejes principales: implantación del "orden" y "normalización" de la economía. El primero implicaba liquidar, aplicando toda la coerción "necesaria", la amenaza que aquella actividad representaba para la sobrevivencia del orden social. En cuanto a lo segundo: se trataba de restablecer mecanismos más o menos "normales" —según puntos de vista que discutiré más adelante— de funcionamiento y acumulación en una economía capitalista. Para eso, aparecían como indispensables requisitos un alivio urgente en la balanza de pagos, la reducción de la inflación y la recuperación de alguna confianza de los

N. de R. Este ensayo se reproduce con autorización de la revista brasileña *Dados*. El autor es un importante sociólogo argentino.



Viola y Galtieri (Argentina)

inversionistas internos y externos en esas economías.

Cuanto más aguda fue la crisis precedente (mucho más en los golpes de los años 70 que en los de los 60), mayor fue el apoyo dado por numerosos sectores sociales al cumplimiento de ambas tareas, en un primer periodo de los gobiernos surgidos de esos golpes. En cuanto a los centros del capitalismo mundial, la decisión de los nuevos gobernantes de mantener a aquellos países dentro de su órbita fue recibida con entusiasmo (a pesar de algunas reticencias en cuanto a la forma en que habían sido dados los golpes), tanto por lo que ello significaba en sí mismo como porque ahuyentaba el temido "efecto de los dominós". En cuanto al conjunto de la burguesía local y lo que restaba de las filiales de las trasnacionales radicadas en esos mercados, los golpes vinieron a dar garantía a sus más fundamentales intereses: conservación de la propiedad en que se corporizaba su capital, así como del derecho de organizar el trabajo en las empresas y decidir el destino de sus incrementos. Estos intereses, con distintos énfasis y de diferentes maneras, habían sido seriamente desafiados en el periodo precedente a los golpes.

En cuanto a los sectores medios, muchos apoyaron las primeras etapas de la gestión de la Unidad Popular en Chile y del surgimiento del peronismo en Argentina, pero la continua presencia de los sectores populares en la arena política, la permanente agitación en las calles, el deterioro de ciertos servicios públicos y las inseguridades derivadas de una inflación tan alta como errática los llevaron a una férrea oposición a los regímenes que los golpes iban a derrumbar.

En cuanto a las Fuerzas Armadas, apenas cabe anticipar el alto grado en que sentían amenazados sus intereses primordiales. Antes de los golpes de los años 60, temieron dividirse en torno de líneas político-partidarias, con el agravante, en Brasil, de insinuaciones por parte del gobierno de que se fomentaban rupturas en la línea vertical de autoridad en el plano de los suboficiales, lo que ayuda a entender el carácter más represivo del golpe brasileño, en comparación con el argentino de 1966. En cuanto a la década del 70, en Chile, las tentativas de algunos sectores de producir una ruptura semejante, además de armar a los trabajadores industriales y campesinos, contribuyeron a alimentar la brutalidad del golpe de 1973. En Uruguay y, más acentuadamente, en los años precedentes al golpe argentino de 1976, los militares fueron uno de los blancos de los ataques guerrilleros, en una brutal dialéctica de violencia cuyas consecuencias todavía no se disipan.

II. Los civiles

Sabemos que, ante situaciones complejas en las cuales parece indispensable tomar posiciones presionados por el factor tiempo, individuos y organizaciones suelen aplicar los enfoques, programas y premisas desarticuladas —ideologías— adquiridos en su trato con el contexto en anteriores ocasiones. Las Fuerzas Armadas se enfrentaron con aquello que —no sólo para ellas, sino también para otros actores, inter-



concentraciones urbanas y de sectores medios expuestos a las oscilaciones de la economía y a la tutela del empréstito o del subsidio público. Obreros, sectores medios bajos —y, aunque con variaciones de peso de país a país, las masas subempleadas— fueron apareciendo como “clases peligrosas” surgidas como diferentes variaciones del populismo en estos países. Junto con esas clases, la irrupción de una industria orientada a producir para el mercado local, con gran protección aduanal y cambiaria, dio lugar a nuevas fracciones burguesas. En un primer momento —cuando las políticas populistas parecían capaces de absorber las “clases peligrosas”— esas nuevas fracciones burguesas apoyaron esas experiencias. Más tarde, hacia el 60, con movimientos pendulares, buscaron un lugar dentro de lo que, junto con esos procesos, se iba constituyendo como capa superior de la burguesía —inédita combinación de lo más viejo con lo más nuevo. Lo viejo era los grupos de gran capital nacional, originalmente ligados a la exportación de productos primarios, que se establecieron en sectores industriales y comerciales y, sobre todo, en el sector financiero. Y en cuanto a lo nuevo, la presencia, ya gravitante, de las filiales de empresas trasnacionales dedicadas principalmente al mercado interno. Pero ese acomodamiento no fue fácil. Las fracciones burguesas, nacidas al calor de las políticas proteccionistas, aparecieron frente a las ya existentes como epítome de “ineficiencia” y como promotoras, junto con las masas urbanas, de grandes déficits fiscales, de la expansión del aparato estatal y de diversos subsidios al consumo. Esto, junto con una “demagógica” política de salarios, era visto por las viejas fracciones burguesas como la expresión de una estructura económica “artificial” que sólo podía crear los problemas inflacionarios y de balanza de pagos que tejieron la historia de estas décadas. Las desventuras económicas —reales o exageradas— configuraban una explosiva situación social a medida que iban surgiendo “demagogos” y “subversivos” de diferentes layas, alimentando cada vez más una amenazadora actividad política.

nos o externos, dedicados a reforzar eficientemente esa visión— aparecía como una situación de extrema gravedad. En ese sentido, los esfuerzos de la ultraizquierda y de la guerrilla coincidían con las campañas progolpistas para desatar los instintos más elementalmente coactivos de las Fuerzas Armadas. Esto apareció como una característica que, esbozada en los golpes de los años 60, se consolida plenamente en los de los 70: la idea de las Fuerzas Armadas de que, si la crisis había llegado a ese punto, ya no se trataba de extirpar un “cáncer” localizado, sino someter el conjunto del “cuerpo social” a un severo tratamiento.

Para vencedores y derrotados, los golpes significaron el fin de una época. Para los primeros, incluidas las Fuerzas Armadas, el “desorden social”, la crisis económica y la amenaza al conjunto de la sociedad y a ellas mismas indicaban que no se trataba tan sólo de las responsabilidades atribuidas a los gobiernos que habían derrocado, sino de una larga historia de desintegración de la nación. Frei, “el Kerenski chileno”, la irresponsabilidad y “demagogia” que se le imputaban a los gobiernos de los partidos uruguayos y a todo el gobierno argentino de las últimas décadas eran, desde ese punto de vista, el signo de algo más profundo, que coincidía con lo que la derecha venía sosteniendo. Esto es, que los males contemporáneos se originaban en los procesos que la crisis de la década del treinta había inaugurado en Brasil, Chile, Uruguay y Argentina. Ahí se diluyó la supremacía económica y política de los estamentos agrarios —oligárquicos y señoriales— y se aceleró la expansión de la industria, de las grandes

La velocidad con que se movía el campo político trajo como consecuencia el hecho de que, en el momento de los golpes, todos los partidos que controlaban un porcentaje significativo de los votos ya habían gobernado, aplicando políticas económicas populistas, desarrollistas, cepalianas, keynesianas —complejamente combinadas e instrumentadas a los tropezones. Con diferencias según países y coyunturas, esas políticas tuvieron como denominador común colocar a la industria como sector dinámico de acumulación, seguir extendiendo el aparato estatal y tratar de mantener el nivel de consumo del sector popular, además de fomentar el crecimiento de un mercado interno fuertemente protegido.

Esta digresión era necesaria para mostrar que, para muchos, y desde el punto de vista de las pasiones desatadas por la crisis que precedió a los golpes, toda aquella historia debía ser responsable de la inminencia del desastre. Según esta perspectiva, también debían ser responsabilizados los equipos gubernamentales, los partidos y las ideas que durante esas décadas habían llevado —por inepticia o perfidia, poco importa— un poco más cerca del abismo. ¿Quién se salvaba en la condenación de ese pasado? Por un lado, las Fuerzas Armadas, basándose en un punto de vista que consideraremos más adelante. Por otro, aquellos que no habían tenido la oportunidad de gobernar —o que cuando la tuvieron fueron impedidos por grupos “demagógicos”, de ejecutar sus austeros programas— y protestaban contra el tipo de sociedad que se estaba creando.

Sin embargo, los que no estaban contaminados por la res-



ponsabilidad del pasado reciente eran grupos de derecha que, o bien habían perdido, o bien nunca habían tenido votos suficientes para sentarse en el gobierno. Eran los heraldos de las viejas clases dominantes agrarias y de sus ramificaciones en actividades industriales, financieras y comerciales. Expresaban sus añoranzas del periodo en que fueron dominantes, en un discurso que combinaba algunos componentes tradicionales —oligárquicas, nostálgicos de profundo estilo señorial— con la propuesta de reactualizar el (idealizado) liberalismo económico vigente en la década de los treinta. En esto, esta derecha (que llamaré “tradicional”) coincidía con otra corriente (que llamaré “tecnocrática”) del liberalismo económico. Esta, esbozada en un primer momento como una versión local de enfoques a la Hayek y Erhardt, en la coyuntura internacional de los años 70 se revistió, en sus elementos de orientación más técnica, con el aparato teórico ofrecido por Milton Friedman y sus discípulos. En los postre treinta, la derecha tradicional, aun políticamente a la defensiva, conservó un importante peso ideológico, sobre todo a través de su prestigio social y del control de los medios de comunicación. A su vez, la derecha tecnocrática fue creciendo en institutos de investigación, *lobbies* y empresas. Cuando se desencadenó la crisis que llevó a los golpes, ambas derechas se volvieron hacia las Fuerzas Armadas, no sólo para recordarles cuántas veces habían previsto esos males, sino también para asegurar que tenían la receta para erradicarlos. No fue “a pesar de”, sino “gracias a que” esa receta significaba mudanzas radicales que se impuso a gobiernos resul-

tantes de la reacción de los instintos más conservadores de una sociedad. Después de tantos años a la defensiva y de estar clamando a los cielos (y a las Fuerzas Armadas, con las cuales por esa y otras vías fueron estableciendo vínculos importantes), esos civiles económicamente liberales dejaron en claro que, con el duro autoritarismo que esos golpes implantaron, había llegado finalmente su turno.

¿Qué ofrecieron esos civiles a los gobiernos militares? Bajo la apariencia de una política económica, nada menos que una ideología política, matriz organizadora de la percepción de la realidad y de los proyectos de aquel gobierno. Esa ideología llega a ser dominante, porque recupera una visión verosímil del pasado, propone un futuro posible y deseable y se enlaza con ideas e intereses fundamentales de las nuevas fracciones dominantes de la burguesía de esos países. Pero vayamos por partes.

Esas corrientes, tanto las tradicionales como las tecnocráticas, coincidieron en su condena del pasado precedente con las concepciones anti-subversivas de las Fuerzas Armadas para demostrar “que hacía mucho tiempo que todo estaba podrido en Dinamarca”. Comienzan por una imagen simple: la salvación consiste en “volver al camino de los antepasados”. Para eso es necesario eliminar las distorsiones que se habían ido acumulando. La idea de volver, a toda costa, a un pasado mitificado es esencial en esta ideología: le da sentido al presente, entronca con una visión del pasado y proporciona criterios para identificar al adversario. Como su visión del presente y del pasado inmediato es tan negativa, a la vez que colorea míticamente un pasado más distante, esa ideología resulta profundamente reaccionaria. Pero por ello mismo no es conservadora. La radicalización de la derecha —cosa poco sorprendente dada la profundidad de la crisis de la que surgió— no puede ser conservadora porque sus significados positivos se estiran como un arco entre el mito de un pasado ya lejano y un futuro postulado como recuperación de aquel, saltándose casi todo lo que constituye la actualidad. Esta actualidad —y su persistente tendencia a no evaporarse— es el blanco del instinto reaccionario: “reestructurar” la economía y la sociedad para acercarla al espejo de la “eficiencia” neoclásica, aclamada como vigencia pasada y como proyecto para el futuro, lo que presupone una tarea no menos intransigente y prolongada que la de enfrentar las Fuerzas Armadas para erradicar la subversión e imponer la “autoridad” en todos los niveles de la sociedad.

Esta relación empieza a darse en las respectivas visiones del pasado. No mediante el librecambismo y la hostilidad de las viejas clases dominantes a la industrialización —que en el pasado reciente separaran a los aliados de hoy—, sino en la imagen paternalista, desprendida de los mezquinos intereses materiales, autoritaria pero bondadosa, “constructora de la nacionalidad” y “expresión de su verdadera esencia”, que de sí misma tienen tanto las Fuerzas Armadas como aquellas clases, siempre como protagonistas de lo que hay de más puro (de lo único que se puede salvar) de estas historias nacionales. Estas oligarquías no fueron *bunkers*; su melancólico pasado ocurrió (con salvedades que pertenecen a su historiografía pero no a su ideología) bajo el signo de lo que podía ser visto como un periodo de liberalismo económico. Ellas —y los sectores medios que pueden influir— reactualizan hoy esas imágenes, con una visión retrógrada, “intelectualista”, portadora de valores y visiones precapitalistas, y como tal poco simpática para el carácter tecnocrático y capitalista (“materialista”) de la política económica resultante de los golpes. Estos grupos pasan a integrar lo que Juan Linz llama la “semi-oposición” de esos regímenes.

Pero buena parte de los sectores ligados a las viejas clases dominantes o ideológicamente subordinados a ellas, a través de su liberalismo económico y de su adhesión a los aspectos más represivos de estos gobiernos, pasa a apoyar o a admitir sus políticas económicas.

En torno a esas políticas, la corriente liberal tecnocrática se vuelve predominante. Son fundamentalmente personajes de esta línea los que compartieron con los militares los más altos puestos de gobierno, imprimiendo desde allí su dirección ideológica al aparato estatal y a las clases que los sustentan en mayor o menor grado. Esto es el resultado de su capacidad para ofrecer una visión del pasado, una condena del presente y un delineamiento del futuro que hable significativamente a la alta burguesía, a las clases agrarias, a las Fuerzas Armadas y, por un tiempo, a los sectores medios arrepentidos de haber simpatizado con los que se convirtieron en "agentes del caos".

Esto no es poco, pero no es suficiente para diferenciar la derecha tecnocrática de la tradicional. La primera ofrece otras contribuciones básicas. En tiempos de profunda desorientación, donde todo parece haber fracasado, esa corriente se coloca en el centro de las grandes simplificaciones y de las seguridades regresivas que los cuerpos sociales suelen buscar en ocasiones semejantes. Su discurso tiene la simplicidad del manual; como meta, una economía "eficiente", basada en ventajas comparativas, con mercados en equilibrio y sin precios "artificiales". En cuanto a los medios: una política monetaria y cambiaria, dotada "en principio" (claro que en la práctica es otra cosa, pero eso puede ser atribuido a las distorsiones que deben ser eliminadas) de una elegancia que contrasta con los vaivenes y las incongruencias atribuidas al pasado reciente. Esa elegancia tiene el apoyo de la "ciencia": dadas ciertas premisas —simples y transparentes en el teorema— se puede demostrar que la propuesta es racional, como bien lo confirman tantas autoridades internacionales. De aquí resultan fines y medios fácilmente contrastables con el desorden del pasado. Parece que también hay caminos probadamente racionales para lograr tales propósitos, aunque sólo sean conocidos por una "élite" que, como el sabio platónico, dedicó su vida a adquirir ese saber superior —cosa muy atrayente para la mentalidad militar habituada a imaginarse en términos muy parecidos. Además de esto, al entroncarse con una visión tradicional del pasado, esta ideología, típicamente tecnocrática, tiene la ventaja adicional de no aparecer como producto de la imaginación teórica alienada sino como forma de "volver al camino del verdadero destino nacional". Gracias a esa simbiosis (imposible para la otra derecha) entre, por una parte, lo más técnico y moderno y, por otra, su capacidad de evocar un pasado tradicional, la ideología liberal-tecnocrática se convierte en ideología dominante dentro del pacto de dominación consagrado por estos Estados autoritarios, subordinando incluso, como veremos, las ideologías propias de las Fuerzas Armadas.

Otra contribución importante (también imposible de ser realizada por la derecha tradicional) proviene de que esos "técnicos" son los cónsules locales del sistema capitalista mundial —más específicamente del capital financiero transnacional. Este capital (frente a gobiernos que parten de una virtual suspensión de pagos y que luego, ante las agudas recesiones, dependen fundamentalmente del comercio y de créditos internacionales para sostenerse) destila lo que le parece lógico en los acuerdos del Fondo Monetario Internacional que alivian la balanza de pagos y que, sobre todo, certifican junto a la "comunidad financiera internacional"

que el país en cuestión puede constituirse en una buena inversión. Los tecnócratas locales sólo discuten esos acuerdos en los detalles, ya que tanto para ellos como para el FMI y los bancos transnacionales el diagnóstico de la situación y de los instrumentos para corregirla son los mismos: disminución drástica del déficit fiscal; "liberación" de precios (pero no de los salarios) para que encuentren su "equilibrio" cercano a los precios internacionales; "liberación" de las corrientes internacionales de capitales; eliminación de subsidios y, generalmente, toda la batería del monetarismo ortodoxo contemporáneo. Volveremos a esos temas, pero antes tenemos que examinar algunos puntos referidos a las Fuerzas Armadas.

III. Las Fuerzas Armadas

Si hay una imagen de la sociedad incorporada por las Fuerzas Armadas, es una imagen organicista: la sociedad vista como un cuerpo en el que cada parte tiene funciones bien delimitadas y jerárquicamente ordenadas. La cabeza, dotada de la racionalidad que falta a las demás partes, debe orientar el conjunto para el bien común. Cuando el cuerpo se enferma, puede ser necesario aplicar un duro remedio a la parte afectada. Esta, por su inferior racionalidad y por el propio hecho de estar enferma, no sabe, pero la cabeza no sólo tiene el derecho de actuar así: tiene el deber de hacerlo, porque le corresponde cuidar la salud de todo el cuerpo.

Esta imagen autoritaria, hieráticamente estamental y elitista está muy difundida y no casualmente entre las Fuerzas Armadas. En primer lugar, refleja la imagen que sus miembros tienen de su propia organización. Por lo tanto, es también la imagen de la sociedad para diversas vertientes del pensamiento social católico cuyas versiones más tradicionales y derechistas vienen una larga historia de acercamiento a las Fuerzas Armadas. En tiempos de relativa normalidad, esta visión de la sociedad puede funcionar como una autoridad paternal bondadosamente ejercida. Pero, en tiempos de crisis, la imagen del cuerpo lleva a la de enfermedad y ésta, a su vez, implica la de la cirugía efectuada con toda conciencia.

En este campo de ideas podemos entender el alcance que tuvo la llamada "Doctrina de Seguridad Nacional". Si estudiamos lo que decía en sus diversas variantes, es fácil ver que esa "doctrina" se basa en la misma imagen organicista. Pero su importancia proviene de que con su autoridad de "doctrina adoptada y martillada en la socialización militar, refuerza elementos ya implícitos en las imágenes organicistas preexistentes. En este sentido, su primera contribución es la de reafirmar a las Fuerzas Armadas como principales responsables del destino nacional: su misión es la de cuidar de su integración y potenciación y las Fuerzas Armadas deben saber "obviamente" cómo alcanzar esas finalidades. A partir de una concepción hegeliana de la sordidez material de la sociedad civil, esta visión supone una instancia superior por encima de ella y, por esto mismo, la única capaz de asumir el bien del conjunto. Esta instancia podría ser (y de hecho lo es, en las innumerables teorías del estado, militares o no, de izquierda o de derecha, con que hemos sido agradecidos) la cúspide del conjunto del aparato estatal. Pero cuando, como en los casos que aquí estudiamos, la crisis llegó a tal profundidad que ese aparato estatal aparece como coimpulsor de la misma, esta instancia superior aparece reducida al elemento coactivo organizado del Estado.

Estos aspectos, destacados por la Doctrina de Seguridad

Nacional, suponen perfilar la identidad política de las Fuerzas Armadas no sólo como principales guardianes de los intereses nacionales sino, mucho más radicalmente, como encarnación o síntesis institucionalizada de estos intereses. Si éste es su carácter positivo, la Doctrina de Seguridad Nacional también tiene el negativo, ante el que se define el sentido operativo del primero: el del enemigo. Observemos que, de nuevo, esta doctrina se sitúa en un campo donde ya está implícito lo que va a decir: la imagen del enemigo y del combate mortal contra él, que da sentido a las prácticas e ideas de cualquier Fuerza Armada. Pero esa doctrina también tiene algunos elementos específicos. Uno de ellos afirma que los males reales o imaginarios que existen en la sociedad son obra de un enemigo persistente e irreconciliable —la subversión en sus infinitas formas y manifestaciones, suprema dolencia del cuerpo nacional. Otro indica que, debido al hecho de que el enemigo es interno y no convencional, el combate se desvía hacia el interior de la nación, donde se declara una guerra de vida o muerte para salvarla, aunque algunas de sus partes no lo quieran —porque ese “no querer” indica el grado en que la enfermedad subversiva se extendió. Un tercer elemento es que la actuación de los partidos y organizaciones “subversivas” es solamente lo epidérmico de la enfermedad. Sin duda hay que extirparla sin vacilaciones, pero no habrá salud si no se curan los tejidos profundos, los que alimentan la subversión —subversión ideológica, subversión cultural, de las costumbres, de la familia. Estas son las imágenes, repetidas hasta el infinito, que señalan la magnitud de la tarea contra un enemigo que, según este enfoque, no dejó ningún segmento de la sociedad a salvo de su influencia letal.

Extirpar, erradicar, estructurar. Estos son los términos que se repiten en un discurso de estas Fuerzas Armadas que

justifican —tal vez para ellas mismas— una tarea tan dura e ingrata. Después del golpe, corroborando el diagnóstico de la crisis precedente, la sociedad parece continuar sumergida en su “egoísmo sectorial” y en la “indiferencia en cuanto a los grandes destinos de la nación”, lo que aparece como campo fértil para reincidencias subversivas. Guerras internas que poco conciben con la gallarda imagen de su pasado, conciencia de la hostilidad que cada intervención quirúrgica puede despertar, un enemigo que parece esconderse hasta en las expresiones más esotéricas de la cultura. Supongo que la guerra, al vincularse al dato de realidad de un enemigo dispuesto a matar, debe ser una fábrica espectacular de paranoia; y esta guerra contra este enemigo y con pocos actos que puedan ser cívicamente santificados algún día, lo que es en mayor escala. Y esa gigantesca paranoia se vuelca en la sociedad, cumpliendo una operación doble. Por un lado, inventa nuevos objetos y genera en la sociedad evocaciones kármicas de un poder cuyo modo de ser consiste en no darle garantías de que se ha salvado de su ira. La segunda operación trata de implantar, en cada ángulo de la sociedad —aparentemente en una regresión hacia lo más primitivamente seguro—, un “orden” y una “autoridad” copiadas del modelo militar; a consecuencia de eso hay una infinidad de intentos —grotescos, pero a veces eficientes— de imponer patrones de mando altamente autoritarios y represivos en casi todos los contextos de la vida cotidiana. La paranoia antisubversiva petrifica a la sociedad. Con esto se crean condiciones políticas para que los “técnicos” de la economía —que aseguran no tener nada que ver con todo eso, porque se dedican a aplicar una racionalidad económica universal— utilicen su propio bisturí. Así, la pasión de lo antisubversivo asegura al tecnócrata su propia imagen ascética.

La visión organicista del cuerpo enfermo combina armo-

Plaza de Mayo en Buenos Aires: las madres de los desaparecidos



niosamente con la ideología que examinamos en la sección anterior. De hecho, el eje en torno del cual se articula, es la condena radical del pasado reciente. La economía "artificial", la activación de las masas y la subversión aparecen integradas, como el blanco contra el cual deben apuntar tecnócratas y militares.

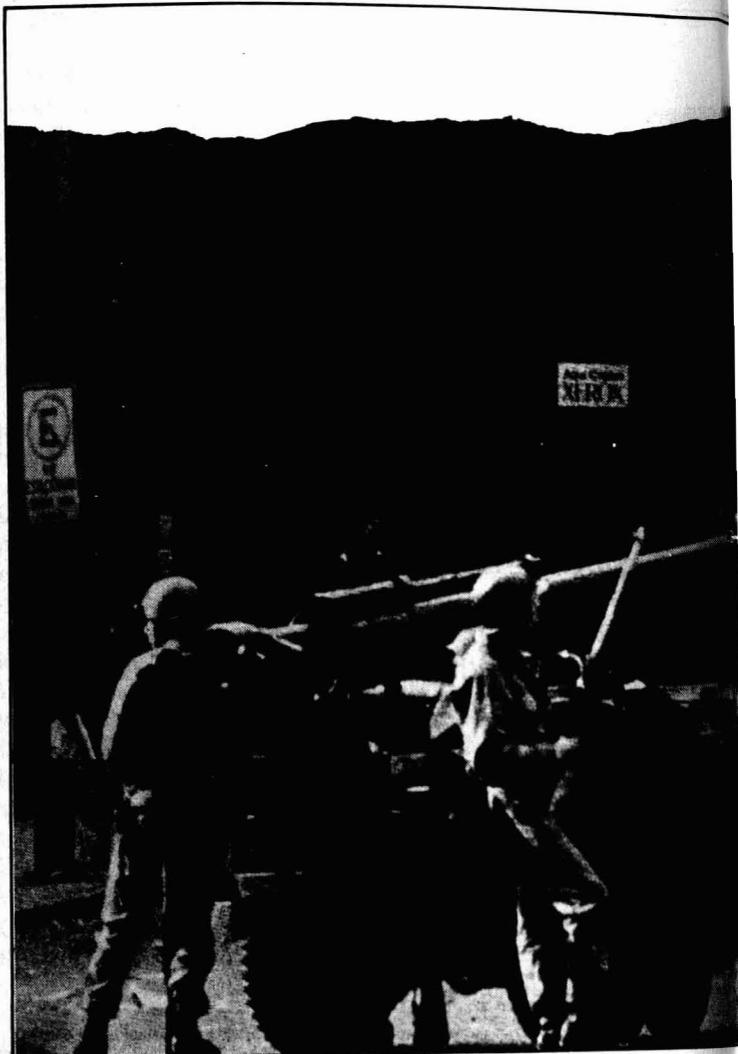
Sin duda, hay divergencias no insignificantes entre la Doctrina de Seguridad Nacional y la ideología de los tecnócratas liberales. La meta de una economía abierta e integrada a la economía internacional castiga a una industria que las concepciones estratégicas concebían como fundamental para la capacidad bélica de la nación. Las políticas económicas adoptadas favorecen a las capas más concentradas y transnacionalizadas de la burguesía, acorralan o lanzan fuera del mercado a numerosas empresas y empobrecen a diversos sectores medios. Esto se aviene poco con el discurso nacionalista de las Fuerzas Armadas, y con los intereses inmediatos de los sectores sociales de origen y de contacto social frecuente, de buena parte de los oficiales de las Fuerzas Armadas. Obviamente, aquellas políticas favorecen el capital financiero, lo que provoca manifestaciones de los típicos preconceptos de las Fuerzas Armadas contra lo que les parece su carácter improductivo, especulativo y a menudo usurario. Fuera de eso, el empeño liberal de reducir drásticamente el peso del aparato estatal en la economía produce numerosas ambigüedades en quienes, como las Fuerzas Armadas, son parte del aparato estatal y estuvieron muy ligadas a ideologías según las cuales estas deberían cumplir un papel impulsor en la economía.

Esa enumeración no pretende ser exhaustiva. Apenas señala puntos de fricción dentro del grupo de civiles y militares que alcanzó la cima del poder estatal con estos golpes. El general Albuquerque Lima, en Brasil, el almirante Leigh, en Chile, y el almirante Massera, en Argentina son, entre otros, ejemplos de oficiales colocados en la cima del régimen y que manifestaron esas resistencias de manera típica: propuesta de sustitución de los "técnicos" liberales por elencos que promoviesen aumentos salariales y la restitución de algunos beneficios sociales al sector popular, además del propósito de movilizarlo a través de un "Movimiento" —no de un partido— de apoyo a la "Revolución"; llamados a franjas nacionales de la burguesía y a sectores medios, basándose en una condena de la "extranjerización de la economía" y en el apogeo del "agiotismo"; llamado a los intereses materiales de esos sectores como: expansión del aparato estatal, aumento de las tarifas aduaneras y cambiarias y subsidio al crédito para la "pequeña y mediana industria"; reafirmación de "su vocación antisubversiva" y de su anticomunismo militante, con la consiguiente necesidad de liquidar la influencia "apátrida" y "socialmente insensible" de los tecnócratas liberales.

En torno de esas discordancias también se manifiestan aspiraciones de estratos burgueses y de sectores medios que, habiéndolo apoyado el golpe, descubren hasta qué punto la política de los tecnócratas ataca sus intereses. La confluencia de esas objeciones determinó, en gran parte, la dinámica interna de esos regímenes y, más de una vez, puso en duda la continuidad de los equipos gobernantes. Pero en ninguno de los gobiernos resultantes de los golpes de la década del 70 logró ganar. Esto merece ser examinado.

IV. Tecnócratas y militares en el gobierno

No es fácil la tarea de dismantelar una estructura económica y de clases consolidada durante muchas décadas. Tam-



poco es fácil perseguir la "subversión" en todos los escondrijos de la sociedad. Ambas presuponen un ajuste de cuentas, global y radical, con varias décadas del pasado de esos países.

Ya dije que la política económica pretende eliminar lo mucho que considera "artificial" en la estructura heredada y que esto apareja graves consecuencias, no sólo para el sector popular sino también para numerosos sectores medios y capas de la burguesía. De esto surge esta "quinta esencia" de estado capitalista, nacida en el apoyo unánime de la burguesía para salvar el carácter capitalista de la sociedad y que emprende políticas hostiles a buena parte de esa burguesía. Al contrario de lo que se podría esperar, las quejas que esto provoca refuerzan la decisión de los militares y tecnócratas de profundizar sus tareas y su alianza. De hecho, por un lado, los signos de "indiferencia" e "incomprensión" de la sociedad frente a las tareas antisubversivas después que las amenazas más evidentes fueran desmontadas, inducen a las Fuerzas Armadas a perseverar en el "adoctrinamiento" de la población y en una militante "conciencia de Seguridad Nacional". Por parte de los tecnócratas, y como lo han señalado Tomás Moulián y Pilar Vergara, las propias quejas de los sectores medios y de la mayoría de la burguesía los colocan ante ellos mismos y ante las Fuerzas Armadas como agentes de un estado verdaderamente imparcial, motivados no por "intereses sectoriales", sino por una intensa búsqueda del interés general, que surgirá de una economía "moderna, abierta y eficiente". El proceso es obviamente largo y



doloroso, pero aquellas quejas demuestran que, al revés de lo que murmuran atontados opositores —en verdad subversivos— el esfuerzo está siendo repartido equitativamente. Como también señalan los autores citados, esa imagen imparcial que, como la de los militares, se coloca tan por encima de “intereses mezquinos y parciales”, se vincula con la convicción de poseer una racionalidad superior, emanada de una teoría económica que indica que con el esfuerzo necesario esos países llegarán a ser —salvadas las diferencias que se explican por las respectivas ventajas comparativas— el espejo de los modelos ejemplares del centro del capitalismo mundial.

Así, los tecnócratas encargados de la política económica logran aparecer, si no para el conjunto de la sociedad —lo que a corto plazo importa poco, dadas las condiciones duramente autoritarias que prevalecen— sí para las Fuerzas Armadas, como la reencarnación en traje civil de su propia imparcialidad y devoción al bien común.

Aun con las ambigüedades iniciales, el programa económico resultante de tales golpes embarca a esos países en un camino difícil de ser deshecho política y económicamente. Las medidas adoptadas tienen poco éxito en la reducción de la considerable velocidad de la inflación. La liberación de precios castiga los salarios controlados por el gobierno a través de aumentos que son superados por la inflación; la recesión, en especial de la industria y de los sectores más ligados al consumo masivo, no tarda en acentuarse; y la inversión se deteriora (pese a la entrada de capitales a corto plazo del ex-

terior). Algunos éxitos, como la disminución del déficit de la administración central y de las empresas públicas (y/o “privatización” de muchas de ellas) se logran a costa de acentuar las tendencias recesivas y de dejar sin acceso a los servicios básicos a una parte considerable de la población. Sólo aparece claramente como un éxito a corto plazo la mejoría en la balanza de pagos, producto de mejores salarios exportables causados por la caída del consumo interno y por la entrada de capitales del exterior, atraído por los altos rendimientos de las también liberadas tasas de intereses. Por eso, no tardan en manifestarse las quejas de muchos aliados del golpe, así como las primeras “preocupaciones” en las Fuerzas Armadas. En este contexto, en el cual incluso los resultados de la balanza de pagos dependen de la etérea confianza del capital financiero, sólo queda concluir que es necesario insistir en el mismo camino radicalizando algunas medidas y confiando en que con el paso del tiempo comenzará a surgir la búsqueda económica. Después de un primer periodo, en el que la mente tecnocrática confió con exceso en su propia imagen de racionalidad (anunciando, por ejemplo, que la inflación terminaría pocos meses después de adoptadas las primeras medidas), tiene que ajustarse a una realidad de pocos éxitos y problemas persistentes. Pero esas persistencias son interpretadas como indicadores del arraigamiento de las “distorsiones” y, por lo tanto, de la necesidad de seguir insistiendo —y acentuando— con las mismas políticas. Recesión, inflación, severos *trade-off* entre finalidades que en el origen parecían compatibles e igualmente importantes (por ejemplo, entre medidas antiinflacionarias y de balanza de pagos), quejas y protestas de muchos aliados, señalan el punto en que, contra las dogmáticas ilusiones iniciales, los conductores de la política económica perciben que su tarea no es menos dura, prolongada y compleja que “erradicar la subversión”. Entonces, asumen más que nunca el discurso duro y ascético que habla de los sacrificios que corresponden a “todos”, coincidiendo con el estilo de los que están encargados de consolidar el “orden”.

El parco éxito de los tecnócratas en la obtención de las metas económicas a corto y mediano plazo representa para los gobernantes militares una mayor necesidad de mantenerlos. En primer lugar, porque ya están demasiado comprometidos con esa línea económica para cambiarla sin correr el riesgo de ser derrocados por militares que, como ya vimos, están reclamando este cambio y proponiendo sus propios candidatos para dirigir la economía. En segundo lugar, es probable que, si alarma la frágil confianza financiera, un cambio de orientación en la política económica signifique un periodo de ajuste y de agudización de las desventuras económicas, lo que debilitaría todavía más la posición de estos gobiernos militares. En tercer lugar, sigue siendo ventajoso lo que ofrece la ideología de esos tecnócratas: un camino aparentemente claro en el que se debe insistir, contra el carácter de *ya visto* de las propuestas esbozadas por las semioposiciones internas del régimen.

Este último punto es fundamental. En estas circunstancias, nada les da más pánico a las Fuerzas Armadas que un “salto en el vacío” al abrir inadvertidamente las puertas a la resurrección de la crisis previa al golpe. Por esto también, surge en ellas la conciencia de la necesidad vital de no perder cohesión ante el enemigo. En estas Fuerzas Armadas que todavía se sienten cerca del frente de batalla, este argumento les da muchas ventajas a los jefes militares que, estando en la cúpula del gobierno, tienen autoridad formal para decidir sobre los equipos políticos y económicos y para, en última instancia, reprimir las resistencias.

Es enorme la aversión al riesgo de dividirse "ante el enemigo". Esta aversión, junto con las inseguridades que surgirían de un cambio de política económica, diluyó finalmente los desafíos internos en las Fuerzas Armadas. Así, uno de los principales temas de rumores (y de esperanza de las semi-oposiciones y de las oposiciones incautas) descansa en una suma aritmética de generales y regimientos descontentos con la política económica. Pero olvidan que las ventajas ideológicas de los "técnicos" liberales y el valor supremo que las Fuerzas Armadas contribuyen a mantener sin fractura la cohesión que todavía preservan, y anulan esa aritmética. De este modo la cúpula militar gobernante consigue mantener en sus funciones al equipo tecnócrata. Y de esta manera, el dominio ideológico de aquéllos obtiene el apoyo coactivo necesario para continuar definiendo la dirección general de la economía y de la sociedad. Por añadidura, fue prohibido el discurso opositor, ya que éste no podía dejar de colocar los intereses y aspiraciones de los sectores sociales excluidos. Las quejas de la burguesía castigada por esas políticas son los fragmentos de un discurso que no logra diseñarse como una propuesta alternativa. Estas quejas huelen a "intereses sectoriales" camuflados, contra los cuales tecnócratas y militares pueden exhibir su olímpica dedicación al bienestar general. Además de esto, cuando esas quejas y protestas logran acercarse a un esquema de proyecto alternativo, se parecen demasiado a las políticas populistas o desarrollistas del pasado inmediato, lo que facilita su rechazo con el argumento de que sólo resucitarían los fantasmas del pasado —argumento que refresca los miedos de muchos. De ese modo, la ideología tecnocrática neoliberal reina en un campo de las fuerzas ideológicas cuyo telón de fondo es la exclusión política del sector popular y de sus portavoces.

En una sociedad en la que "la política" está prohibida, es impresionante la cuota de poder efectivo dejada a los tecnócratas. Fuera de su jurisdicción quedan áreas como la imposición y la vigilancia del "orden", o los intentos de imponer una cultura y una educación ferozmente "anticomunista", y laberintos burocráticos en los cuales las rivalidades entre las armas y los grupúsculos de derecha no tardan en establecer fantásticos juegos de vetos, cuotas y clientelas. En otras palabras, las profundas transformaciones que se producen en la economía y en la sociedad, más allá de la coerción puesta a su servicio por las Fuerzas Armadas, derivan fundamentalmente de las orientaciones y decisiones de la derecha tecnocrática y no tanto, a pesar de la imagen que se hace de sí misma, de las Fuerzas Armadas y de sus doctrinas.

V. Sobre el papel político de las Fuerzas Armadas

El golpe por el cual las Fuerzas Armadas implantan el estado autoritario no es la supresión de cualquier "desorden". Es la liquidación de un proceso que abrigó intenciones de algunos y temores de muchos —ambos reales e imaginarios, en distintas proporciones en cada caso— de trasladar los parámetros capitalistas y las filiaciones internacionales de estos países. Estos golpes —sobre todo los de la década del 70— aparecen como la salvación de estas sociedades en su condición de sociedades capitalistas y entroncadas "con el mundo occidental". El motivo de los que dieran el golpe puede no ser éste y sí el de restablecer el orden. Pero este "orden", considerado como el orden natural de toda sociedad, es el fundamento, en condiciones menos agitadas e inciertas de funcionamiento, de la sociedad en la medida en que es capitalista.

Por las razones indicadas —sobre todo la condena radical

del pasado inmediato—, el motivo de la actuación de las Fuerzas Armadas no es salvar "esa" burguesía, históricamente dada, con su historia de "ineficiencias", su incapacidad de trascender con sus demandas sus intereses más elementales, materiales y "sectoriales" y sus capitulaciones frente a la amenaza que el golpe vino a extirpar. Con todo, el resultado objetivo es palpable y la salva en cuanto clase. Pero, por otra parte, la clase que así se salvó quedó profundamente marcada por el periodo de crisis que precede a los golpes. Expropiaciones, pérdida del control del proceso de trabajo, inseguridades económicas y el vaivén de una economía que bailó al compás de la crisis política despertaron los miedos de la burguesía ante lo que parecía ser preanuncio del cataclismo final. Ese miedo la llevó a mostrar su lado más voraz y especulativo. Es verdad que esas burguesías nunca se asemejaron al modelo clásico de una clase "conquistadora" y devotamente acumuladora. Pero la crisis previa exageró caricaturescamente sus características: la imprevisibilidad de la economía y sus temores políticos la llevaron a convertirse en el principal agente de despojo. Sólo importaba sacar el máximo lucro en el menor plazo y reinvertir el mínimo indispensable para participar en el despojo por segunda vez. La inflación y la crisis en la balanza de pagos fomentaron y también reflejaron las consecuencias de este comportamiento. En el límite dentro del cual se colocaron Chile, Uruguay y Argentina en la década del 70, la mayor parte de la burguesía pasó a reproducirse básicamente por especulación financiera. Además de los datos admitidos que muestran la hipertrofia de estas actividades y de los beneficios resultantes, al hablar con empresarios (como hice durante estos procesos) resulta claro que para muchos de ellos, aquello que hasta hacía poco era el ámbito de su acumulación de capital —digamos, la propiedad de una empresa industrial— pasó a ser la oportunidad, la fuente generadora de fondos que permitía una desenfrenada especulación en los circuitos financieros. Tratando de protegerse (con total racionalidad micro-económica) de las inseguridades de la crisis y alimentándola al mismo tiempo (cosa que sus salvadores del estado autoritario no dejaron de recordar), esta burguesía obtuvo inmensos lucros. Pero para ello tuvo que mostrar su cara más voraz y especuladora, confirmando no sólo el antagonismo de la izquierda, sino también la condena moral de muchos (entre los cuales no pocos militares) de los importantes actores del golpe y del gobierno posterior. Por otro lado, aquellos lucros insólitos no impidieron que, sintiéndose amenazada en su interés más profundo —la garantía política de su reproducción como clase—, la burguesía fuera enemiga incondicional del proceso anterior a los golpes y una entusiasta patrocinadora de los mismos. Esos comportamientos anteriores a los golpes —que contrastan con la introspección de las Fuerzas Armadas y con la incondicional oposición de los grupos más politizados de la derecha durante el mismo periodo— sirvieron para ratificar el rechazo de los nuevos gobernantes a toda una sociedad, la forma como se articuló históricamente y la suma de "distorsiones" que culminó con la necesidad de rescatar de su propia abolición a una clase burguesa que parece no menos egoísta y despreocupada respecto al interés general que el resto de la sociedad— lo que, para la mentalidad de salvadores, puritanos y simplificadores, indica hasta qué punto llegó la disolución y la subversión del cuerpo social. Hay ecos fascistas en este estado autoritario y en esta radicalización a la derecha de los salvadores de una clase burguesa, a quienes desprecian por su conducta en el pasado reciente y por el egoísmo de no renunciar a nada, ahora que se siente segura como

clase. Es bastante obvio que ese estado no es representativo de las clases y sectores a los que excluyó duramente. Que no lo sea para el conjunto de la burguesía y para los demás sectores que tanto hicieron para que existiera, sólo lo podemos entender si tenemos en cuenta que los grandes cirujanos —tecnócratas y militares— sienten que deben extirpar también los males de aquellos que fueron sus aliados.

Todo esto dio lugar a una extraordinaria convergencia que permite entender gran parte de las orientaciones y de las desventuras —en este sentido aparentes— de la “normalización económica” emprendida por estos gobiernos. Por un lado, la difícil situación de la balanza de pagos los obligaba a someterse a los criterios del capital financiero internacional (sobre todo del FMI, pero no sólo de él) para mantener, al comienzo de estos gobiernos, una corriente mínima de bienes y de servicios. Por otra parte, los tecnócratas liberales —con su visión de la “artificialidad” de la economía de estas sociedades— son la condensación local de esa misma orientación. Como si esto no bastase, gran parte de esta burguesía se convirtió, por imposición de su racionalidad microeconómica ante la crisis precedente, en su versión más especulativa posible.

Esa imagen voraz de la burguesía facilitó la olímpica sordera de los militares y tecnócratas ante sus quejas, cuando la “normalización económica comenzó a afectarla”. Esa política económica atacó a la industria, fomentó la concentración de capital y propició la rentabilidad de los negocios financieros. Todo esto, que hería los intereses inmediatos de la burguesía —o de lo que de ella quedó— más ligada a los círculos productores, fue congruente con los intereses de las nuevas fracciones dominantes de la burguesía, velozmente colocadas en esa posición por la crisis precedente. Es decir, grupos

financieros locales que supieran y pudieran constituirse antes o después de los golpes; antiguos grupos que ya tenían, o adquirirían en ese momento, un decisivo componente financiero y segmentos del capital internacional que, después de los golpes y gracias a la política económica adoptada, volverían a encontrar razones para arriesgarse a corto plazo en esos mercados, atraídos por la distancia, a veces monumental, entre las tasas de intereses internos y las internacionales.

A partir de eso, bajo las quejas más o menos audibles, según la coyuntura, de casi todas las organizaciones de la burguesía, aquellos grupos —viejos y nuevos, nacionales e internacionales, completamente ligados entre sí —coexistían con fenómenos poco convencionales: ex-industriales que pasan a ser financistas e importadores sin abandonar por completo su actividad industrial; ideólogos ultraliberales que protestan contra los vestigios de “estatismo”, pero que no pueden ignorar que, eliminados los grandes culpables (según ellos) de la pasada inflación —un gran déficit fiscal y salarios “excesivos”—, la inflación que subsiste es la inflación de la burguesía y con ella lucran sus fracciones dominantes; recesiones acompañadas de *booms* de ciertos ramos internos e importados que reflejan la brutal redistribución de la renta; altas tasas reales de intereses, a través de las cuales los que controlan los mecanismos financieros no sólo reciben ganancias enormes, sino que también compran, a precios de liquidación, empresas estatales “privatizadas”, o empresas industriales y comerciales privadas sofocadas por el peso de la recesión y de las tasas de intereses; aparición, por estos y otros mecanismos, de conjuntos de empresas que tienen su vértice en instituciones financieras; anticipos a las empresas con capacidad financiera para sobrevivir a las recesiones que liquidan o acorralan a sus competidores más débiles; en fin,



también colapsos espectaculares de algunos, que incluso en ese clima darwiniano, se excedieron en su voracidad. Estos cambios —importantes, rápidos y de prolongadas consecuencias— son poco visibles porque, aparte de la prudencia de no difundirlos en medio de tanta penuria, los niveles de suma de ramos y sectores de la producción de las estadísticas oficiales son mayores que el nivel de desunión en que se producen.

Se crea, entonces, una gran dispersión de intereses. Y sobre ese fondo de voces, desoidas porque la represión cae sobre ellas sin vacilar, de esa dispersión y de las quejas de la burguesía, las Fuerzas Armadas realizan el pase mágico de sentirse (y de sentir a los tecnócratas) por encima de esa cacofonía de la sociedad civil, al mismo tiempo que, de hecho, sirven a los intereses fundamentales de las fracciones dominantes de la burguesía que heredan y tan eficientemente ayudan a consolidar.

Debido a la magnitud de los cambios que se producen bajo las voces silenciadas de los perdedores y de las quejas de muchos que creían haber ganado con el golpe, a largo plazo, los fracasos de la política económica van dejando de serlo. Todavía a costa de reducir la inflación mucho menos de lo que se esperaba y de no cumplir las promesas de crecimiento global de la economía, el éxito sustantivo de esas políticas radica en consolidar las nuevas fracciones dominantes de una burguesía que ya se había transformado a sí misma durante las crisis anteriores a los golpes, primero en relación con sus componentes predominantemente financieros, en segundo lugar comerciales (sobre todo en lo que se refiere a las exportaciones y, en especial, a las exportaciones fomentadas por la “apertura” de la economía) y sólo en tercer lugar productivos.

Así los tecnócratas liberales son, en el sentido gramsciano, los intelectuales de esas fracciones burguesas o, mejor aún, el “partido” de esas fracciones en el seno del aparato de este estado carente de cualquier espacio representativo. Esta dominación no puede legitimarse ante las clases y sectores excluidos —talón de Aquiles de un estado basado en esa exclusión. Pero los intereses materiales de las nuevas fracciones dominantes y sus ideas —las ideas de sus ideólogos y tecnócratas de la economía— definen el rumbo de la política económica y social, subordinando no sólo los intereses e ideas de otras fracciones burguesas, sino también las orientaciones del sostén coactivo de esta dominación. Aparecen también las Fuerzas Armadas en su verdadero papel: no el que aseguran tener sino el apoyo coactivo, formalmente dominante en el aparato estatal, de una particular dominación. Esa dominación, bajo la aséptica racionalidad que los tecnócratas parecen encarnar, es la de las fracciones burguesas, generada por la sinuosa historia de estos capitalismo.

Es notable la distancia entre la imagen que las Fuerzas Armadas tienen de sí mismas y la realidad, en cuanto a quiénes y por qué medios su gobierno favorece. Esta confusión es reforzada por las quejas de la burguesía. Incluso en aquellas que engrosan las estadísticas de las carencias que caracterizan el periodo, es visible el cordón umbilical que los une a este estado: haber salvado la burguesía como clase y haber eliminado, en la calle y en la fábrica, los desafíos planteados a lo que es más elemental en el sentido común de toda burguesía: pensarse como clase que, por encima de las inseguridades e infortunios individuales, es dueña de su futuro. Esa deuda explica el por qué de los límites cuidadosos y de los suaves calificativos que imprime a sus quejas. Incluso sus representantes más críticos retroceden ante la posibilidad de que ese poder, punitivo pero tutelar, se evapore dejándola



cara a cara con sus temidos fantasmas. Por eso, mientras el recuerdo de la crisis previa estuvo fresco, tampoco puede enfrentar a los tecnócratas con un proyecto alternativo. Mucho menos puede pensar en una alianza con los sectores que poco tiempo atrás fueran portadores de esa amenaza. Esta impotencia de la burguesía es paralela a la de la semioposición militar: ambas, aunque se invoquen y busquen mutuamente, producen discursos que no tienen fuerza para enfrentar el discurso dominante; no bien esos murmullos tienden a transformarse en una alternativa de, por lo menos, una política económica, es fácil rechazarlos por sus inevitables semejanzas con algún fragmento del pasado reciente. Como telón de fondo, no olvidemos, opera la exclusión de otros discursos, condenados por la represión porque invocan al gran fantasma: el del sector popular, por ejemplo y sobre todo.

Así, al obedecer a la lógica de la imposición del “orden” contra lo que aparece apenas como un caos; al comenzar a pedir benevolencia a la “comunidad internacional de negocios”; al colocarse, de ese modo, dentro de las premisas de una visión —y de una práctica— económica ortodoxamente liberal; al entregar la gestión de la economía a las encarnaciones locales de esa visión; al unirse a la más reaccionaria condena del pasado reciente; al castigar duramente todo lo que parezca evocar ese pasado; al encerrarse en su cúpula, incluso con relación a los que apoyaran el golpe, al hacer todo esto, estas Fuerzas Armadas, más allá de sus intenciones y convicciones, sólo pueden convertirse en agentes históricos (encargados de las tareas menos gratas) de la domina-

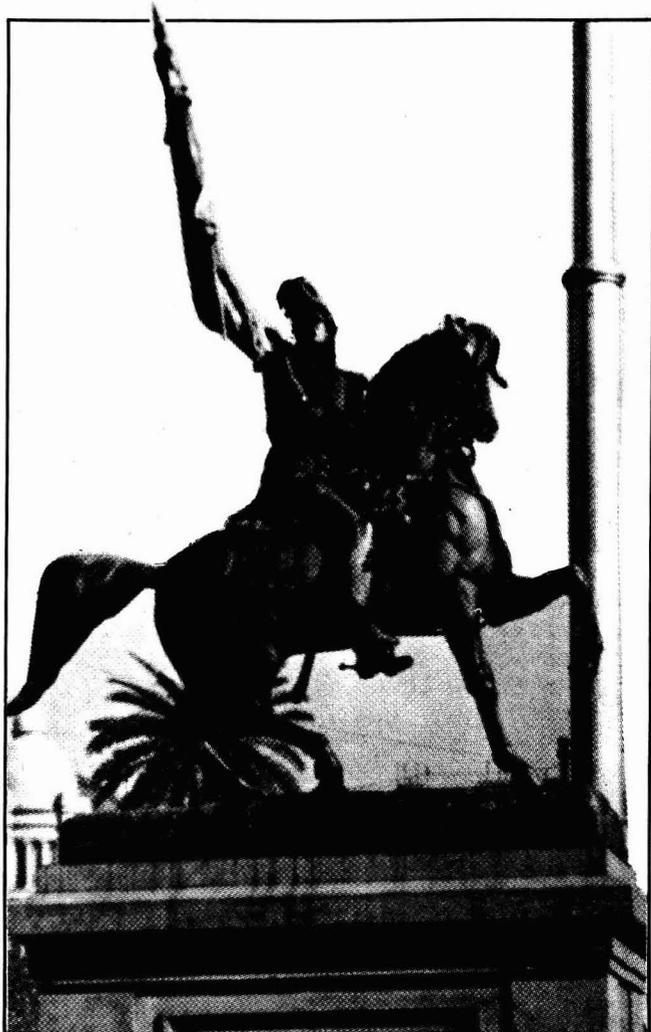
ción de las fracciones burguesas ya mencionadas.

VI. Una rápida comparación con las experiencias burocrático-autoritarias de la década del 60

Las páginas anteriores se concentraron en las situaciones inmediatamente posteriores a los golpes de la década del 70 en el Cono Sur de América Latina. Ahora, aunque brevemente por razones de espacio, debemos examinar otro tipo de situación. Una, la implantación de estados burocrático-autoritarios a partir de un nivel significativamente menor de crisis y de amenaza previa a los ya mencionados golpes de la década del 60. Otra, la implantación de un régimen militar y autoritario ocurrida en un contexto político muy diferente tanto de los golpes de la década del 60 como de los de la del 70 en el Cono Sur: el proceso comenzado en Perú en 1968. En esta sección me ocuparé de los golpes del 60 en el Cono Sur y, en la siguiente, del caso peruano.

Ya señalé que la crisis económica y su amenaza fueron, en Brasil en 1964 y en Argentina en 1966, sensiblemente menores que las que precedieron a los golpes de los años 70. No por eso la burguesía dejó de asustarse, produciéndose una gran oscilación de los sectores medios, entre los que pretendían acabar con el “desorden” y la actividad política del sector popular. No dejó de existir tampoco la preocupación tanto interna como externa de que aquellos países saliesen de la órbita “occidental”. Tampoco dejó de haber, además, una fuerte especulación financiera y dificultades en los pagos externos.

Pero, sin negar esos síntomas y otros similares, la sensación de que el colapso no era tan inminente como parecía en la década del 70 implicó, entre otras cosas, que no se desarticularan los circuitos de acumulación de capital y, como consecuencia, que no se produjeran las transformaciones de la burguesía que señalé en las secciones anteriores. También como consecuencia de esto, la coacción ejercida contra el sector popular y sus intérpretes políticos fue sensiblemente menor que en los golpes del 70. A partir de esto, algunas características que contrastan con aquellas analizadas en las secciones anteriores pueden ser comentadas. En primer lugar, y exactamente porque la crisis y la amenaza fueron relativamente moderadas, no sobrevino la condena radical del pasado inmediato que encontramos en los golpes del 70. Es verdad que se consideraba que había mucho que corregir: moralizar la política, sanear la economía, eliminar la “amenaza del comunismo”, pero se tendía mucho más a restaurar y volver a encaminar el pasado reciente que a negarlo radicalmente. Otra característica fue que, a pesar de la mayor o menor ortodoxia con que en estos casos se aplicaron las políticas antiinflacionarias, de balanza de pagos y restauración de la “confianza” del capital trasnacional, la política económica no significó una discontinuidad fundamental con las precedentes, como en la década del 70. Tanto la industria como el aparato estatal conservaron, aunque con pautas y criterios diferentes, su condición de puntas dinámicas de la economía. Esto se debió a que, habiendo conservado, durante la relativamente suave crisis precedente, su identidad como burguesía industrial, esta fracción tuvo una presencia política mucho más activa en los gobiernos resultantes, con el argumento de que la continuidad o incremento de la industrialización seguida hasta entonces era la mejor forma de entender al interés nacional. La verdad es que el sector financiero creció con rapidez, pero no provocó, como en la década del 70, el dislocamiento de la industria y del aparato estatal de sus papeles tradicionales. Todo esto permitió el



surgimiento de una semioposición (burguesa, sobre todo en sus grupos menos ligados al capital trasnacional y también militar) que, basándose en argumentos nacionalistas e industrialistas, impugnó la “extranjerización de la economía” y la especulación financiera que la relativa ortodoxia neoliberal de aquellos gobernantes parecía provocar. Finalmente, el hecho de que la crisis previa hubiera sido más tenue también influyó para que tanto el Brasil posterior al 64 como la Argentina posterior al 66 consiguiesen pronto algunos éxitos importantes, no sólo en cuanto a disminuir la inflación y reconstruir la capacidad de pagos internacionales sino también en alcanzar significativos índices de crecimiento económico.

Pese a eso, no dejó de haber propuestas de una política económica definida en el sentido más próximo al descrito en las secciones anteriores, ni faltaron políticas que produjeran efectos importantes en esa dirección. Pero, en última instancia, no llegó a producirse un corte drástico con los “modelos de desarrollo” seguidos antes de los respectivos golpes. Como se concluye de lo dicho hasta aquí, esto fue en buena parte resultado de un equilibrio de fuerzas políticas e ideológicas en el cual faltó un elemento predominante de condena del pasado reciente. Correlativamente, ese equilibrio fue el resultado de la presencia de fracciones burguesas interesadas en asegurar aquella continuidad y capaces de articular propuestas de “desarrollo” que parecían viables a otros sectores, incluso importantes sectores de las Fuerzas Armadas. No pocas veces éstas vetaron propuestas ortodoxamente li-

berales, ayudando con eso a que se mantuviesen las puntas dinámicas de la economía en la industria y en el aparato estatal.

Fuera de eso, la sensación de encontrarse ante una "amenaza subversiva" menos intensa e inminente contribuyó a que hubiese mayor propensión y menor temor a un fraccionamiento en las Fuerzas Armadas. En Brasil, diversos episodios —sobre todo las sucesiones presidenciales de Castelo Branco y de Costa e Silva, así como la edición de varios "Actos Institucionales"— fueron golpes de palacio que demostraron, poco tiempo después de los respectivos golpes, divisiones militares más profundas que las ocurridas en los primeros años de los casos de la década del 70. En Argentina, sobre todo, las explosiones sociales de 1969 y la deposición de Onganía en 1970, igual que las agitadas oscilaciones posteriores, no pueden comprenderse sin la existencia de una profunda división de las Fuerzas Armadas.

En cuanto a esos aspectos, aparecen algunas diferencias entre el Brasil posterior al 64 y la Argentina posterior al 66 dignas de ser registradas. Surgen, principalmente, por el hecho de que aunque la crisis y la amenaza previas a ambos golpes sean en conjunto menores que las de los años 70, tanto una como otra fueron claramente menores en el periodo anterior al golpe argentino de 1966 que en el del golpe brasileño de 1964.

Sin embargo, en el caso argentino no fue accidental que las propuestas nacionalistas, industrialistas y proteccionistas estuviesen presentes con mayor vigor. Detrás de ellas se perfilaban importantes sectores de las Fuerzas Armadas, que en 1970 dieran por terminada la política económica vigente y el gobierno que habían instaurado. Desde entonces, el cambio hacia políticas económicas que volviesen a privilegiar metas nacionalistas e industrialistas significó la reincorporación del sector popular al escenario político. Esa reincorporación puede ser vista como parte de una alternativa viable para muchos sectores de la burguesía y de las Fuerzas Armadas, precisamente porque aquel sector popular no había aparecido como una amenaza voluntaria y directa de traslación de los parámetros capitalistas de la sociedad.

A su vez, en el Brasil posterior al 64, el derrocamiento del grupo gubernamental que parecía ser la mayor fuente de activación popular junto con una dosis no insignificante de represión (acentuada a partir de 1968, al insinuarse nuevos desafíos) devolvió rápidamente el sector popular —urbano y rural— a su bajo nivel de actividad anterior. De este modo, al revés que en la Argentina posterior a 1966, las oposiciones a la política económica seguida inicialmente (1964-1967) por aquel gobierno quedaron limitadas a un juego interburgués que repercutió en el conjunto del aparato estatal, pero que careció de la posibilidad de invocar o de movilizar apoyos en el sector popular. Así, aunque por un lado —en contraste con los casos de los años 70— la situación que aquí describo haya contribuido para que en Brasil se produzcan las continuidades ya mencionadas, por otro —y en contraste con la Argentina posterior al 66— no ocurrió la explosión de oposiciones que puso rápido fin a la experiencia burocrático-autoritaria. En compensación, y por las razones expuestas en las secciones precedentes, hoy, en Argentina, en Chile y en Uruguay, habiendo partido de una crisis y de una amenaza previas mucho más profundas, esa semioposición burguesa no llega ni a articular una alternativa ni, mucho menos, ella y sus interlocutores de las Fuerzas Armadas se atreven a reinventar una alianza política con el sector popular, hasta que sean exorcizados los fantasmas de un pasado todavía fresco y continuamente recordado por un bom-

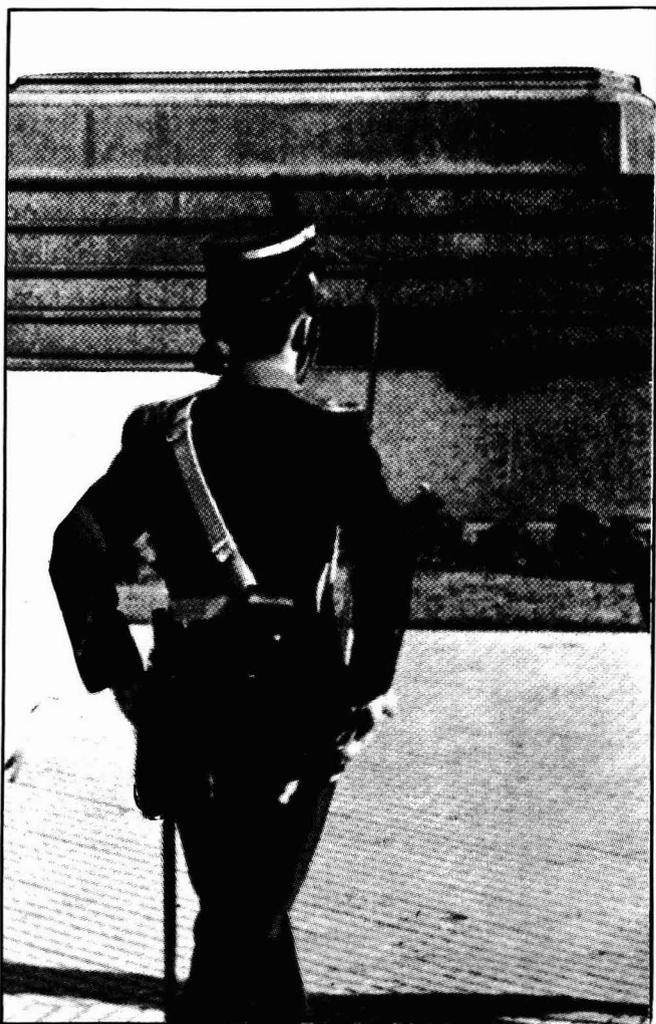
bardeo publicitario. Esa desarticulación de las alianzas alternativas vacía el campo de fuerzas dentro del cual pueden, entonces, establecer su supremacía los tecnócratas liberales y sus bases sociales.

VII. Perú, un caso de populismo militar

En 1968, en ocasión del golpe que terminó con la primera presidencia de Belaúnde Terry, las Fuerzas Armadas peruanas no eran menos anticomunistas y antisubversivas, ni estaban menos imbuidas de las doctrinas de seguridad nacional que sus colegas del Cono Sur. Su grado de profesionalismo tampoco era menor. Con todo, a pesar de esas semejanzas en el plano de la organización, el sentido y las intenciones del gobierno militar peruano tenían diferencias cruciales con los que analizamos hasta ahora. Estas pueden ser entendidas si consideramos las diferencias existentes entre sus respectivos contextos sociales. En primer lugar, la actividad política del sector popular peruano era baja, el gobierno derrocado no hacía esfuerzos para fomentarla y los desafíos guerrilleros (cuyo ámbito de acción era rural, a diferencia de la guerrilla urbana en Argentina y en Uruguay) habían sido liquidados. Hay otra diferencia: en Perú, las oligarquías regionales conservaban un importante peso económico y político y, en muchas regiones, se presentaban bajo formas precapitalistas. Correlativamente, la sustitución de importaciones (y, con ella, la emergencia de una burguesía industrial y de una clase obrera con un importante peso propio en la economía y en la política) había avanzado poco. Además de eso, la presencia del capital transnacional todavía se daba a través de las plantaciones y de las minas. En otras palabras, alrededor de 1968, el capitalismo y sus clases fundamentales no se habían impuesto en Perú en igual grado que en Brasil, Argentina, Chile y Uruguay de la misma época.

En ese contexto, la doctrina de seguridad nacional y diversas expresiones de "catolicismo social" fueron interpretados —sin perder nada de su organicidad— en un sentido diferente del observado hasta ahora. En el caso peruano, la construcción de una nación, con garantía de seguridad nacional y de armonía del cuerpo social, requería la consecución de metas casi opuestas a las articuladas en el Cono Sur: liquidación de las clases dominantes agrarias, adelantos en la sustitución de importaciones, alianza con el sector popular y distanciamiento del capital transnacional. Estas diferencias se expresan en los grandes rituales que uno y otro estado cumplen ante el capital extranjero: en el caso peruano, grandes ceremonias de expropiación; en los demás, el reintegro de lo que la radicalización del periodo anterior (más o menos supuestamente) sacó de aquel capital.

Aunque tan sólo fuese por las oposiciones internas e internacionales que provocaría, la tentativa de llegar a tales metas exigía un consistente apoyo popular. Esto fue lo que pensaron los militares y civiles que se agruparon en torno del presidente Velasco Alvarado, sobre todo cuando la reforma agraria, las expropiaciones del capital transnacional en el área minera y las tentativas de implantar alguna forma de "propiedad social" en el área urbana levantarán la amplia gama de actos que se opondrán a la viabilidad de ese intento. Pero lo que interesa en este trabajo son las formidables ambigüedades de los propios jefes militares (empezando por Velasco Alvarado), que estaban más decididos a llegar a una forma de "comunitarismo" que superaría al "marxismo" y al "capitalismo". Para ello era evidente la necesidad del apoyo popular. Con todo, fluctuaron entre la conciencia



de tal necesidad y su desconfianza de la dinámica que acreaba la actividad popular en que se concretaría el apoyo. El SINAMOS y su triste historia final son la destilación institucional de esa ambigüedad: movilizar y al mismo tiempo querer controlar verticalmente, reclamar el apoyo popular pero desconfiar de los liderazgos surgidos, desear capitalizar políticamente los profundos cambios operados pero pretender anular corporativamente los movimientos sociales resultantes, en instituciones y con líderes impuestos por el gobierno. Estos son síntomas de la aversión de las Fuerzas Armadas —aún de sus sectores más progresistas en un contexto como el peruano— a todo lo que se opone a su visión organicista, elitista y jerárquica de la sociedad y de los patrones “correctos” de autoridad.

En verdad, la actividad popular creció de modo notable —pero en su mayor parte, y cada vez más, se dirigía, a medida que pasaba el tiempo, contra el gobierno militar. Frente a esto, los sectores conservadores de las Fuerzas Armadas y sus apoyos sociales confirmaron su decisión de revertir el proceso. A su vez, los militares y los civiles que tenían como punto de coincidencia a Velasco Alvarado siguieron tratando de crear organizaciones “populares” controladas por el aparato estatal.

Sin duda, hubo varios errores en la conducción de la economía. Pero las incongruencias señaladas me parecen la principal razón por la cual el régimen peruano —obedeciendo a preconceptos que tal vez sean constantes en una organi-

zación militar medianamente profesional— se privó de los requisitos básicos para obtener sus metas y, al fin de cuentas, de su sobrevivencia. Para eso también contribuyeron otras características que quizás sean inherentes a ese nivel de profesionalismo: la pasión por el secreto antes de tomar “grandes decisiones”; la idea de que era suficiente lanzar un decreto para que la nación siguiese sus dictámenes; la incapacidad para discutir con y legislar junto a las bases (los soldados y suboficiales de la sociedad civil) los grandes problemas y decisiones que estaban en juego; las consiguientes dificultades para crear apoyos reales; y la incapacidad de liberarse de una imagen jerárquica, autoritaria y paternalista de la sociedad.

VIII. Especulaciones finales

Una cosa son las Fuerzas Armadas que, uniformadas o no, casi no se distinguen de la población civil. Otra, son las líneas razonablemente claras de comando, especialización funcional, socialización de ciertos valores (más o menos presuntamente) nacionales y universales, reclutamiento regular, superioridad de tecnología y entrenamiento en el uso de las armas en comparación con los posibles contrincantes civiles, carreras no enteramente condicionadas al arbitrio del dictador de turno, determinación del ingreso por salario y *fringe benefits* institucionalmente establecidos. Estos son atributos que distinguen todos los casos examinados hasta ahora de otros como, por ejemplo, el pasado reciente de Nicaragua y el Paraguay contemporáneo.

En este ensayo me referí a las Fuerzas Armadas que no pueden ser confundidas con las guardias pretorianas de las dictaduras personalistas pero que tampoco son las Fuerzas Armadas de los países capitalistas y socialistas centrales. Las que consideramos están en un nivel intermedio de profesionalismo. Pero, aunque no sean guardias pretorianas, sus guerras son los combates internos de la seguridad nacional. Los casos que examinamos sugieren que, a partir de niveles similares de profesionalismo y adoctrinamiento, la determinación de cómo, con qué, en qué sentido y bajo qué formas y grados de subordinación ideológica actuarán cuando un golpe las lance a la cúpula del gobierno, está muy condicionada por el contexto global del que las Fuerzas Armadas forman parte. Pero, por otro lado, como sugiere el caso peruano, aunque ese contexto influya para que la acción de las Fuerzas Armadas sea significativamente diferente, en sus orientaciones y metas tienden a introducir en su actuación peculiaridades derivadas de la propia práctica de su organización. Desgraciadamente, esas peculiaridades parecen más compatibles con una dominación cerradamente autoritaria que con intenciones que, como en Perú, aunque confusa y contradictoriamente, significaban importantes avances de participación popular, en la política y en la economía.

Las Fuerzas Armadas pueden digerir altos grados de actividad política popular, cuando ésta se da en un régimen democrático razonablemente institucionalizado. Pero esta situación es una aspiración a largo plazo en los casos aquí estudiados. Al no poderse esperar que las Fuerzas Armadas transformen su propio régimen en una democracia cabría preguntarse: ¿qué grado de movilización popular y según qué actos políticos ellas podrían tolerar en el incierto y conflictivo tránsito de los autoritarismos del Cono Sur hacia otras formas políticas? No es ésta una pregunta que podamos contestar en un ensayo como éste, que se ha limitado al primer periodo de reactivo establecimiento de los estados autoritarios del Cono Sur en la década del 70.